

al pueblo, y por sus manos distribuía víveres y ropa á los necesitados. Remuneraba á los capitanes y soldados que se señalaban en la guerra, á los ministros y empleados de la corona que lo servian fielmente, con oro, plata, joyas y hermosas plumas. Estas virtudes estaban oscurecidas por algunos defectos; pues era caprichoso, vengativo, cruel á veces y tan dado á la guerra, que parecia mirar con odio la paz, de modo que su nombre se usa todavía, aun por los españoles de aquel país, para significar un hombre que con sus molestias y vejaciones no deja vivir á nadie.¹ Por otro lado, era de buen humor, y tanto se deleitaba en la música, que ni de día ni de noche faltaba esta diversion en palacio, con gran perjuicio de los negocios públicos, pues le robaba gran parte del tiempo y de la atención que hubiera debido emplear en el gobierno de los pueblos. No era ménos inclinado al amor de las mujeres. Sus antepasados solían tener muchas, creyendo ostentar mayor autoridad y grandeza, en razón del número de personas destinadas á sus placeres secretos. Ahuitzotl, habiendo ampliado tanto sus dominios y engrandecido el poder de la corona, quiso significar su superioridad en el número excesivo de las mujeres con quienes sucesivamente se casó. Tal era el estado de la corte de México al principio del siglo XVI; de aquel siglo tan fecundo en grandes sucesos, y en que debía mudar de aspecto el reino y trastornarse la situación política y moral del Nuevo-Mundo.



¹ Los españoles dicen: *Fulano es mi Ahuizote, á nadie le falta su Ahuizote*, etc.

LIBRO QUINTO.

Sucesos de Moteuczoma II, nono rey de México, hasta el año de 1519. Noticias de su vida, de su gobierno y de la magnificencia de sus palacios, jardines y bosques. Guerra de Tlaxcala y sucesos de Tlahuicole, capitán tlaxcalteca. Muerte y elogio de Nezahualpilli, rey de Acolhuacan, y nuevas revoluciones de aquel reino. Presagios de la llegada y de la conquista de los españoles.

MOTEUCZOMA II, NONO REY DE MEXICO.

MUERTO Ahuitzotl, y celebradas sus exequias con extraordinaria magnificencia, se procedió á la elección del nuevo soberano. No existía ya ninguno de los hermanos de los últimos reyes, y según las leyes del reino, debía suceder al rey difunto alguno de sus sobrinos, hijo de sus antepasados. Estos eran muchos, porque de los hijos de Axayacatl, aún vivían Moteuczoma,¹ Cuitlahuac, Matlatzincatl, Pinahuitzin, Cecepacticatzin; y de los de Tizoc, Imactlacuixatzin, Tepehuatzin, y otros cuyos nombres ignoramos. Fué preferido á los otros Moteuczoma, á quien, para distinguirlo del otro rey del mismo nombre, fué dado el título de *Xocoyotzin*.² Era generalmente estimadísimo este príncipe, no solo por el valor que había manifestado en las batallas mientras fué jefe de los ejércitos, sino por el cargo que desempeñaba de sacerdote, por su gravedad, por su circunspección y por su celo religioso. Hablaba poco y era notable su mesura en acciones y palabras, de modo que su opinión era oída con gran respeto en el consejo real. Dióse parte de la elección á los reyes aliados y éstos

¹ El autor de las Anotaciones sobre las Cartas del conquistador Hernán Cortés, impresas en México el año de 1770, dice que Moteuczoma II era hijo del primer rey del mismo nombre: error desmentido por un gran número de autoridades.

² Los Mexicanos llamaron al primer Moteuczoma *Huehue*, y al segundo *Xocoyotzin*; nombres equivalentes al *senior* y *junior* de los latinos.

pasaron inmediatamente á la corte á darle la enhorabuena. Moteuczoma, noticioso de esto, se retiró al templo, dando á entender que se creía indigno de tan alto honor. Allí pasó la nobleza á darle cuenta de su eleccion y lo condujo con gran acompañamiento á palacio, donde los electores le intimaron solemnemente el nombramiento que en él habian hecho para ocupar el trono de México. Volvió en seguida al templo para hacer las ceremonias acostumbradas, y terminadas éstas, recibió en el trono los homenajes de los nobles, y escuchó las arengas gratulatorias de los oradores. La primera fué la de Nezahualpilli, rey de Acolhuacan, que vamos á presentar á nuestros lectores, como la han conservado los mexicanos:

"La gran ventura, dijo, de la monarquía mexicana se manifiesta en la concordia que ha reinado en esta eleccion, y en los grandes aplausos con que de todos ha sido celebrada. Justa es en verdad esta alegría; porque el reino de México ha llegado á tal engrandecimiento, que no bastaría á sustentar tan grave peso, ni menor fuerza que la de vuestro invencible corazon, ni menor sabiduría que la que en vos admiramos. Claramente veo cuán grande es el amor con que favorece á esta nacion el Dios Omnipotente, pues la ha iluminado para escoger lo que más puede convenirle. ¿Quién pondrá en duda que el que siendo particular supo penetrar los secretos del cielo, conocerá, siendo monarca, las cosas de la tierra, para emplearlas en bien de sus súbditos?¹ Quien tantas veces ha ostentado la grandeza de su ánimo ¿qué no hará ahora, cuando tanto necesita aquella eminente cualidad? ¿Quién puede creer que donde hay tanto valor y sabiduría no se halle tambien el socorro de la viuda y del huérfano? El imperio mexicano ha llegado, sin duda, á la cúspide del poder; pues tanto os ha dado el Criador del cielo, que inspirais respeto á cuantos os miran. Alégrate, pues, nacion venturosa, por haberte tocado en suerte un príncipe que será el apoyo de tu felicidad y en quien los súbditos hallarán un padre y un hermano. Tienes, en efecto, un soberano que no se aprovechará de su autoridad para darse á la molición y estarse en el lecho, abandonado á los pasatiempos y á los deleites; ántes bien, en medio de su reposo, le inquietará el corazon y lo despertará el cuidado que tendrá de tí; ni hallará sabor en el manjar más delicado, por la inquietud que le ocasionará el deseo de tu bien. Y vos, nobilísimo príncipe y poderoso señor, tened ánimo, y confiad en que el Criador del cielo, que os ha exaltado á tan eminente dignidad, os dará fuerzas para desempeñar las obligaciones anexas á ella. Quien ha sido hasta ahora tan liberal con vos, no nos negará sus preciosos dones, habiéndoos él mismo subido á esta altura, en que os anuncio muchos y muy felices años."

Escuchó Moteuczoma atentamente este discurso, y tanto se enterneció, que tres veces quiso responder, y se lo estorbaron las lágrimas producidas por una dulce satisfaccion, que tenia toda la apariencia de la humildad; pero al fin, habiende podido reprimir el llanto, respondió en pocas palabras, reconociéndose indigno del honor á que lo habian exaltado sus compatriotas, y dando gracias al rey su aliado por los elogios con que lo favorecía; habiendo escuchado las otras arengas, permaneció en el templo, para hacer el ayuno de cuatro días, y de allí fué con gran aparato reconducido á palacio.

Pensó despues en hacer la guerra para proporcionarse las víctimas que debían morir en la coronacion. Tocó aquella desgracia á los Atrixqueses, que poco ántes se habian rebelado contra la corona. Salió, pues, el rey de su corte,

¹ Estas expresiones dan á entender que Moteuczoma se habia dedicado al estudio de la astronomía.

con la flor de la nobleza, con sus hermanos y primos. En esta guerra perdieron los Mexicanos algunos valientes caudillos; pero sin embargo, volvieron á imponer á los rebeldes al antiguo yugo, y Moteuczoma regresó victorioso, conduciendo consigo los desventurados prisioneros que iban á ser sacrificados. Celebróse la funcion con tal aparato de juegos, bailes, representaciones teatrales é iluminaciones, y con tal abundancia de tributos enviados por las provincias, que acudieron á presenciara habitantes de pueblos remotísimos, que nunca se habian visto en México: aun los Tlaxcaltecas y Michuacanos se disfrazaron para confundirse entre los espectadores; mas habiéndolos descubierto Moteuczoma, los hizo alojar y regalar con real magnificencia, mandando disponer unos tablados de donde pudiesen ver más cómodamente los festejos y ceremonias.

CONDUCTA Y CEREMONIAL DE MOTEUCZOMA.

El primer hecho notable de Moteuczoma, despues de su coronacion, fué recompensar con el Estado de Tlachauhco los grandes servicios que habia hecho á sus antecesores, en muchas campañas, un célebre capitán llamado Tlilxochill: principio verdaderamente feliz, si á él hubieran correspondido los actos que le siguieron. Pero apénas comenzó á usar de su autoridad, empezó á descubrir el orgullo que hasta entónces habia ocultado en su corazon bajo las apariencias de la modestia. Todos sus antecesores habian acostumbrado conferir los empleos á los hombres de más mérito, ó á los que les parecían más capaces de desempeñarlos, sin distincion de nobles y plebeyos, no obstante el convenio celebrado entre la nobleza y el pueblo en tiempo de Itzcoatl. Cuando Moteuczoma tomó las riendas del gobierno, se mostró de otra opinion, y desaprobó la conducta de los otros reyes bajo el pretexto que los plebeyos obraban segun su clase, manifestando en todas sus acciones la bajeza de su origen y de su educacion. Animado por estos principios, los despojó de los puestos que ocupaban en su palacio y corte, declarándolos incapaces de obtenerlos en lo sucesivo. Un prudente anciano que habia sido su ayo, le hizo ver que esta providencia podría atraerle el odio de una gran parte de sus súbditos; más nada bastó á disuadirlo.

Toda la servidumbre de su palacio se componía de personas principales. Además de las que lo habitaban, que eran muchas, cada mañana entraban en él seiscientos señores feudatarios y nobles para hacerle la corte. Estos pasaban todo el día en las antecámaras, donde no podían entrar los de la servidumbre, hablando bajo y aguardando los órdenes del rey. Los criados que acompañaban á estos personajes eran tantos, que llenaban los patios de palacio, y muchos quedaban en la calle. No era menor el número de las mujeres que habia en la casa real, entre señoras, criadas y esclavas. Toda esta muchedumbre vivía encerrada en una especie de serrallo, bajo la custodia de algunas nobles matronas, que velaban sobre su conducta; pues aquellos reyes eran muy celosos, y cualquier exceso que notaban en palacio, lo castigaban con el mayor rigor, por pequeño que fuese. De estas mujeres tomaba el rey para sí las que más le agradaban, y con las otras recompensaba los servicios de sus súbditos.¹ Todos los feudatarios de la corona debían residir algunos meses del año en la

¹ Algunos historiadores dicen que Moteuczoma tuvo al mismo tiempo ciento y cincuenta mujeres embrazadas; mas esto parece increíble.

corte, y al volver á sus Estados dejaban en ella á sus hijos ó hermanos, como rehenes exigidos por el rey, para asegurarse de su fidelidad; por lo que les era preciso tener casa en México.

Otro rasgo del despotismo de Moteuczoma fué el ceremonial que introdujo en la corte. Nadie podía entrar en palacio para servir al rey, ó para tratar con él de algun asunto, sin descalzarse ántes á la puerta. A nadie era lícito parecer en su presencia con trages de lucimiento, porque se creía que esto era falta de respeto á su dignidad: así que, los magnates más distinguidos, excepto los parientes del monarca, se despojaban de sus galas, ó á lo ménos las cubrían con un ropaje ordinario, en señal de humildad. Todos al entrar en la sala de audiencia, y ántes de hablar al rey, hacían tres inclinaciones, diciendo en la primera *señor*, en la segunda *señor mio*, y en la tercera *gran señor*.¹ Hablaban en voz baja y con la cabeza inclinada, recibiendo la respuesta del rey por medio de un secretario, con tanta humillacion y respeto, como si fuera la de un oráculo. Al despedirse, no podían volver la espalda al trono.

Comía Moteuczoma en la misma sala en que daba audiencia. Servíale de mesa un gran almohadon, y de silla un banco bajo. La vajilla era del barro fino de Cholollan: la mantelería era de algodón, pero muy fina, blanca y limpi-sima. Ninguno de los utensilios que usaba para comer, le servía más de una vez; pues lo daba inmediatamente á alguno de los nobles. Las copas en que le presentaban el chocolate y las otras bebidas hechas con cacao, eran de oro ó de conchas hermosas del mar, ó ciertos vasos naturales, curiosamente barnizados, de que despues hablaremos. Tenía tambien platos de oro, pero solo los usaba en el templo y en ciertas solemnidades. Los manjares eran tantos y tan varios, que los españoles que los vieron quedaron admirados. Cortés dice que llenaban el pavimento de una gran sala, y que se presentaban á Moteuczoma fuentes de toda especie de volatería, peces, frutas y legumbres. Llevaban la comida trescientos ó cuatrocientos jóvenes nobles, en bien ordenadas filas. Ponían los platos en la mesa ántes que el rey se sentase, é inmediatamente se retiraban, y á fin de que no se enfriase la comida, cada plato tenía un braserillo debajo. El rey señalaba con una vara que tenía en la mano, los platos de que quería comer, y lo demás se distribuía entre los nobles que estaban en las antecámaras. Antes de sentarse le ofrecían agua para lavarse las manos, cuatro de sus mujeres, las más hermosas del serrallo, las cuales permanecían en pié todo el tiempo de la comida, juntamente con los principales ministros y el mayordomo.

Inmediatamente que el rey se ponía á la mesa, cerraba el mayordomo la puerta de la sala, á fin de que ninguno de los otros nobles lo viese comer. Los ministros se mantenían á cierta distancia y sin hablar, excepto cuando respondían á lo que el rey les preguntaba. El mayordomo y las cuatro mujeres le servían los platos, y otras dos el pan de maíz, amasado con huevos. Muchas veces se tocaban instrumentos durante la comida: otras se divertía el rey con los dichos burlescos de ciertos hombres disformes que mantenía por ostentación. Tenía gran placer en oírlos, y decía que entre las burlas solían darle avisos importantes: Despues de la comida, fumaba tabaco mezclado con ámbar en una pipa ó caña preciosamente barnizada, y con el humo conciliaba el sueño.

Despues de haber dormido un poco, daba audiencia á sus súbditos, oyendo atentamente cuanto le decían, animando á los que no se atrevían á hablar, y

¹ Las palabras mexicanas son *Tlatoani*, *Nollatocatzin* y *Hucitlatoani*.

respondiendo por medio de sus ministros ó secretarios. A la audiencia seguía un rato de música; pues una de las cosas que más lo deleitaban, era oír cantar las acciones ilustres de sus antepasados. Otras veces se divertía en ver ciertos juegos, de que hablaremos despues. Cuando salía de casa, lo llevaban en hombros los nobles, en una litera abierta, y bajo un espléndido dosel. Acompañábalo un séquito numeroso de cortesanos, y por donde pasaba, todos se detenían y cerraban los ojos, como si temiesen que los deslumbrase el esplendor de la majestad. Cuando bajaba de la litera para andar, se extendían alfombras, á fin de que sus piés no tocasen la tierra.

MAGNIFICENCIA DE LOS PALACIOS Y CASAS REALES.

Correspondían á todo este pomposo aparato la grandeza y magnificencia de las casas reales, de las quintas, bosques y jardines. El palacio de su ordinaria residencia era un vasto edificio de piedra y cal, con veinte puertas, que daban á la plaza y á las calles; tres grandes patios, y en uno de ellos una hermosa fuente; muchas salas, y más de cien piezas pequeñas. Algunas de las cámaras tenían los muros cubiertos de mármol ó de otra hermosa piedra. Los techos eran de cedro, de ciprés ó de otra excelente madera, bien trabajada y adornada. Entre las salas había una tan grande, que, segun un testigo de vista, cabían en ella tres mil hombres.¹ Además de aquel palacio, tenía otros dentro y fuera de la ciudad. En México, además del serrallo para sus mujeres, tenía habitaciones para sus consejeros y ministros, para todos los empleados de su servidumbre y de su corte, y aun para alojar á los extranjeros ilustres, especialmente á los dos reyes aliados.

Tenía dos casas en México para animales: una para las aves que no eran de rapiña; otra para éstas, para los cuadrúpedos y reptiles. En la primera había muchas cámaras y corredores, con columnas de mármol de una pieza. Estos corredores daban á un jardín, donde entre la frondosidad de los árboles, se veían diez estanques: los unos de agua dulce, para las aves acuáticas de río, y los otros de agua salada, para las de mar. En lo demás de la casa había tantas especies de pájaros, que los españoles que los vieron, quedaron maravillados, y no creían que faltaba ninguna de las especies que hay en la tierra. A cada una se suministraba el mismo alimento de que usaba en estado de libertad, ora de granos, de frutas, ó de insectos. Solo para los pájaros que vivían de peces, se consumían diez canastas de éstos diarias, como dice Cortés en sus Cartas á Carlos V. Trescientos hombres, segun dice él mismo, se empleaban en cuidar de aquellas aves, además de los médicos que observaban sus enfermedades y aplicaban los remedios oportunos. De aquellos trescientos empleados, unos buscaban lo que debía servir de alimento á las aves, otros lo distribuían, otros cuidaban de los huevos, y otros las desplumaban en la estacion oportuna; pues además del placer que el rey tenía en ver allí reunida tanta multitud de animales, se empleaban las plumas en los famosos mosaicos de que despues hablaremos, y en otros trabajos y adornos. Las salas y cuartos de aquellas casas eran tan grandes, que, como dice el mismo conquistador, hubieran podido alojarse en ellas dos príncipes con sus comitivas. Una de ellas estaba situada en el lugar que ocupaba el convento grande de San Francisco.

¹ El conquistador anónimo en su apreciable relacion: y añade, que habiendo estado cuatro veces en el palacio, y andado por él hasta cansarse, no pudo verlo todo.

La otra casa destinada para las fieras, tenía un grande y hermoso patio, y estaba dividida en muchos departamentos. En uno de ellos estaban todas las aves de presa, desde la águila real hasta el cernicalo, y de cada especie había muchos individuos. Estos estaban distribuidos, según sus especies, en estancias subterráneas, de más de siete pies de profundidad, y más de diez y siete de ancho y largo. La mitad de cada pieza estaba cubierta de losas, y además tenían estacas fijas en la pared, para que pudieran dormir y defenderse de la lluvia: la otra mitad estaba cubierta de una celosía, con otras estacas, para que pudiesen gozar del sol. Para mantener á estas aves, se mataban cada día quinientos pavos. En el mismo edificio había muchas salas bajas, con gran número de jaulas fuertes de madera, donde estaban encerrados los leones, los tigres, los lobos, los coyotes, los gatos monteses y todas las otras fieras, á las que se daban de comer ciervos, conejos, liebres, *techichis*, y los intestinos de los hombres sacrificados.

No solamente mantenía el rey de México todas aquellas especies de animales, que los otros príncipes mantienen por ostentacion, sino tambien los que por su naturaleza parecen exentos de la esclavitud, como los cocodrilos y las culebras. Estas, que eran de muchas especies, estaban en grandes vasijas, y los cocodrilos en estanques circundados de paredes. Había tambien otros muchos estanques para peces, de los cuales aun se conservan dos hermosos, uno de los cuales he visto yo en el palacio de Chapoltepec, á dos millas de México.

No contento Moteuczoma con tener en su palacio toda clase de animales, había reunido tambien todos los hombres, que ó por el color del cabello, ó por el del pellejo, ó por alguna otra deformidad, podían mirarse como rarezas de su especie. Vanidad ciertamente provechosa, pues aseguraba la subsistencia de tantos miserables, y los preservaba de los crueles insultos de los otros hombres.

En todos sus palacios tenía hermosísimos jardines, donde crecían las flores más preciosas, las yerbas más fragantes, y las plantas de que se hacía uso en la medicina. También tenía bosques, rodeados de tapias y llenos de animales, en cuya caza se solía divertir. Uno de estos bosques era una isla del lago, conocida actualmente por los españoles con el nombre de *Peñon*.

De todas estas preciosidades no queda más que el bosque de Chapoltepec, que los vireyes españoles han conservado para su recreo; todo lo demás fué destruido por los conquistadores. Arruinaron los magníficos edificios de la antigüedad mexicana, ya por un celo indiscreto de religion, ya por venganza, ya en fin, para servirse de los materiales. Abandonaron el cultivo de los jardines reales, abatieron los bosques, y redujeron á tal estado aquel país, que hoy no se podría creer la opulencia de sus reyes, si no constase por el testimonio de los mismos que la aniquilaron.

Tanto los palacios como los otros sitios de recreo, se tenían siempre con la mayor limpieza, aun aquellos á los que nunca iba Moteuczoma; pues no había cosa en que tanto se esmerase, como en el aseo de su persona y de todo lo que le pertenecía. Bañábase cada día, y para esto tenía baños en todos sus palacios. Cada día se mudaba cuatro veces de ropa, y la que una vez le servía no volvía á servirle más, sino que la regalaba á los nobles y á los soldados que se distinguían en la guerra. Empleaba diariamente, según dicen los historiadores, más de mil hombres en barrer las calles de la ciudad. En una de las casas reales había una gran armería, donde se guardaban toda especie de armas

ofensivas y defensivas, las insignias y adornos militares usados en aquellos pueblos. En la construcción de estos objetos empleaba un número increíble de operarios. Para otros trabajos tenía plateros, artifices de mosaico, escultores, pintores y otros. Había un distrito entero habitado por bailarines destinados á su diversion.

LO BUENO Y LO MALO DE MOTEUCZOMA.

Su celo por la religion no era inferior á su lujo y magnificencia. Edificó muchos templos á sus dioses, y les mandaba hacer frecuentes sacrificios, observando escrupulosamente los ritos y las ceremonias establecidas. Cuidaba mucho de que los templos, y especialmente el principal de México, estuviesen bien servidos y sumamente aseados; pero envilecía su ánimo el vano temor de los agüeros y de los supuestos oráculos de aquellas falsas divinidades. Celaba con esmero la observancia de sus mandatos y la ejecución de las leyes del reino, y era inexorable en el castigo de los trasgresores. Tentaba á veces, por medio de otra persona y con regalos, la codicia de los jueces; y si hallaba á alguno culpable, lo castigaba irremisiblemente, aunque fuese de la más alta nobleza.

Era implacable enemigo del ocio; y para extirparlo en cuanto fuese posible en sus Estados, procuraba tener siempre ocupados á sus súbditos; á los militares, en continuos ejercicios de guerra; á los otros en el cultivo de los campos, en la construcción de nuevos edificios y de otras obras públicas: aun á los mendigos, á fin de darles ocupacion, les impuso el deber de contribuir con cierta cantidad de aquellos inmundos insectos, que son los productos del desaseo y los compañeros de la miseria. Esta opresion en que tenía á los pueblos, los inmensos tributos que les había impuesto, su altanería, su orgullo, y su extraordinaria severidad en castigar las más pequeñas faltas, producían general descontento en toda clase de habitantes; mas por otro lado sabía atraerse su afecto, socorriendo generosamente sus necesidades y recompensando con profusion á los que lo servían. Un rasgo, que merece los mayores elogios y que debería ser imitado por todos los príncipes, fué el destino que dió á la ciudad de Colhuacan, convirtiéndola en hospital de inválidos, para todos aquellos que, después de haber servido fielmente á la corona en los empleos militares y políticos, necesitaban asistencia y esmero, sea por su edad, sea por sus achaques. Allí, á expensas del real erario, eran curados y asistidos. Tales eran las cualidades buenas y malas del célebre Moteuczoma, y de ellas me ha parecido oportuno dar alguna idea al lector, ántes de presentarle la série de sus sucesos.

Al principio de su reinado mandó dar muerte á Malinalli, señor de Tlachquiauhco, por haberse rebelado contra la corona de México: volvió á someter aquel Estado, y conquistó el de Achiotlan. De allí á poco estalló otra guerra más grave y más peligrosa, cuyo éxito no fué tan feliz para sus armas.

GUERRA DE TLAXCALA.

En medio de tantas provincias sometidas á los Mexicanos, por la fuerza de las armas las unas, y las otras por miedo de su poderío, la república de Tlaxcala se había conservado firme, sin doblar el cuello á su yugo, á pesar de estar